

En busca del placer sexual

por Wayne Mack

«Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y *serán una sola carne*» (Gn 2.24).

Todos los comentarios sobre este pasaje concuerdan en que llegar a ser una sola carne es un concepto amplio que involucra la totalidad de la vida. El contexto de Génesis 2 y la enseñanza del resto de la Biblia sobre el matrimonio lo exigen. Al mismo tiempo, se reconoce generalmente que no hay otra esfera donde mejor se ilustre o se experimente plenamente este compartir que en la relación sexual del hombre con su esposa.

En su libro *Design for Christian Marriage* (Diseño para el matrimonio cristiano) Dwight Harvey Small escribió: «*La relación sexual es más que un acto físico; es un símbolo de una relación espiritual y la expresión de la completa unidad de dos personas en amor conyugal... Es... el medio por el cual son confirmados y nutridos en esa unión. La relación sexual es el establecimiento y la confirmación de esa unidad. La verdadera dignidad del sexo yace en su habilidad de realzar esta unidad personal entre dos personas que se han entregado el uno al otro en amor y matrimonio. En la relación sexual la pareja es unida indisolublemente en lo que la Biblia llama "una sola carne"» (pp. 94, 96. Énfasis agregado).*

Es importante destacar que la Biblia a menudo describe el acto matrimonial como que el hombre conoce a su mujer. Génesis 4.1 es un ejemplo. En la Versión *Reina-Valera* dice: «Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió...». La Versión *Dios Habla Hoy* lo traduce: «El hombre se unió con su esposa Eva. Ella quedó embarazada y...».

Esto solo puede significar que el acto sexual es el medio para lograr una comunión profunda y compartirlo todo, mediante lo cual el marido y la mujer llegan a conocerse muy íntimamente.

Las relaciones sexuales normalmente son parte integral de una genuina unidad en el matrimonio.

Según Dwight Harvey Small: «Sirven para expresar, establecer, confirmar, intensificar y enriquecer la completa unidad de dos personas en amor conyugal». Según la Biblia, el acto matrimonial es más que un acto físico. Es un acto de compartir. Es un acto de comunión. Es un acto de entrega total en el que el marido se da por completo a su esposa y ella se entrega a su marido de tal forma que los dos en realidad llegan a ser una sola carne.

Es evidente, entonces, que el establecimiento de buenas relaciones sexuales es una parte importante del desarrollo de la unidad en el matrimonio. Sin embargo, la triste verdad es que no hay otra área donde se hayan librado más batallas conyugales ni donde se haya manifestado más insatisfacción.

Multitudes de parejas se han divorciado debido a la «incompatibilidad sexual». Un abogado a quien entrevisté me dijo que casi todas las parejas que le consultan sobre el divorcio manifiestan «incompatibilidad sexual».

Además, hay muchas parejas que no llegan al divorcio pero que también tienen muchos conflictos acerca de sus relaciones sexuales. Mi propia experiencia como consejero solo ha servido para confirmar el hecho de que esta es un área de grandes conflictos. Con demasiada

frecuencia el acto matrimonial produce irritación en lugar de satisfacción; es un área de conflicto en lugar de promover y expresar la unidad.

Una pregunta que surge es, si Dios creó y ordenó las relaciones sexuales para promover y expresar la unidad en el matrimonio, ¿por qué razón tantas parejas tienen problemas precisamente en esta área?

Por culpas no resueltas

Algunas parejas quizá tengan problemas sexuales debido a culpas no resueltas.

Las Escrituras nos advierten que nuestros pecados nos alcanzarán (Nm 32.23). También nos recuerda que tenemos una conciencia que nos «acusa o excusa» (Ro. 2.15). Usted puede tratar de ignorar su pecado o de encubrirlo y es posible pensar que lo ha logrado. Pero tenga la certeza de que su pecado lo alcanzará. Todos tenemos una conciencia que frecuentemente nos recuerda nuestra desobediencia y nos impide gozar verdaderamente de la vida presente.

Recuerde la angustia que sufrió David por no tratar con su pecado y culpa según lo expresa el Salmo 32. Dijo: «Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día... se volvió mi verdor en sequedades de verano» (Sal 32.3-4). Con estas palabras, David describe una horrible experiencia que vivió como resultado de no confesar su culpa. Había desobedecido gravemente a Dios y luego procuró ignorar su pecado, pero fue imposible. Ante su consternación descubrió que ya no podía disfrutar de la vida como antes. Comprobó con tristeza que la vida había perdido su entusiasmo y que comenzaban a surgir problemas emocionales, sociales, físicos y espirituales. ¿Por qué? Porque el desagrado de Dios cayó pesadamente sobre él, su conciencia constantemente le acusaba y sus pecados lo estaban alcanzando.

En forma similar hay personas que ahora tienen problemas sexuales en el matrimonio debido a la culpa no resuelta por haber tenido experiencias sexuales ilegítimas en el pasado.

Hay personas que me han dicho que aún se sienten culpables y frecuentemente se sienten molestos por pecados sexuales que habían cometido diecisiete o dieciocho años atrás. Recuerdos de prácticas en el pasado como caricias muy íntimas, masturbación, homosexualidad o prácticas sexuales inmorales o egoístas siguen perturbándoles, y esto les dificulta el verdadero goce de las relaciones sexuales en el presente.

R.C. Sproul escribe: «Muchas mujeres llegan al matrimonio con una enorme carga de culpa que les atormenta por años... Una pregunta que frecuentemente le hago a los hombres que se quejan de la frigidez de sus esposas es: "¿Tuvo relaciones sexuales con su esposa antes de casarse?"... En todos los casos cuando he formulado esta pregunta la respuesta ha sido afirmativa. Entonces le hago otra pregunta: "¿Diría que su esposa le respondía sexualmente más antes de casarse?" También en todos los casos que hice esta pregunta el esposo respondió enfáticamente que en verdad su esposa le respondía más antes de casarse. Generalmente me miran perplejos y dicen: "¿Cómo lo sabía usted?" La respuesta es que es un fenómeno bastante común. Pueden haber muchas explicaciones plausibles de la evaluación del marido... Pero una explicación debe considerarse seriamente. Quizá la mujer se siente tan culpable por haber perdido su virginidad antes del matrimonio que ahora sufre los efectos paralizantes de esa culpa». (*Discovering the Intimate Marriage*, pp. 96, 97).

Esta condición puede corregirse solamente cuando la persona involucrada encara su pecado, lo confiesa ante Dios, busca la purificación por medio de la sangre de Jesucristo, depende del poder del espíritu Santo para cambiar sus actitudes y medita en la Palabra de Dios.

«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn 1.9).

«Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová (continuamente revisando el pasado hasta que todo quede confesado); y tú perdonaste la maldad de mi pecado» (Sal 32.5).

«El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Pr 28.13).

«En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7).

«La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Jn 1.7).

«Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados...» (1 Jn 2.1-2).

«No erréis; ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maledicentes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados (purificados mediante una propiciación completa del pecado y liberados de la culpa del pecado), ya habéis sido santificados (consagrados, apartados); ya habéis sido justificados (pronunciados justos) en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Co 6.9-11).

«Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (emancipación de la esclavitud, liberación). Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta (quizá esto signifique contemplar la Palabra de Dios o bien reflejarla) como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Co 3.17-18).

«¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra... En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Sal 119.9, 11).

«¡Oh, cuanto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación» (Sal 119.97).

«La Palabra de Cristo more (haga su morada en vuestros corazones) en abundancia en vosotros...» (Col 3.16).

Algunas parejas darían un gran paso hacia la solución de sus problemas sexuales al tratar con su pecado en forma bíblica. No estoy sugiriendo que una persona deba ir a Cristo o procurar obedecerle con el solo propósito de gozar más de su vida sexual. Dios no permita que jamás haga esto. El problema básico del hombre es su alienación de Dios, no las dificultades que experimenta para poder adaptarse a su cónyuge. El hombre es pecador por naturaleza y por práctica (Jer 17.9; Ro 3.10-18; Sal 51.5; 58.3; Ef 2.1-3). Sus pecados le han separado de su Dios. Está muerto en delitos y pecados. Está bajo la maldición y la condenación de Dios.

La necesidad más grande del hombre es renacer por el Espíritu de Dios, reconciliarse con Dios, ser redimido y perdonado, llegar a gozar del favor de Dios por medio de la persona y obra de

Jesucristo. El gran problema del hombre es el pecado que lo aleja de Dios. Su necesidad más grande es la reconciliación con Dios mediante Jesucristo. Así que el hombre debe ir a Jesús en primera instancia por esta razón (Ef 2.4-7; Ro 5.6-21; Col 3.13-21).

Sin embargo, las Escrituras prometen muchos beneficios adicionales a los que han sido regenerados por el Espíritu Santo y redimidos por Jesucristo. «La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera» (1 Ti 4.8). «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn 10.10). «El Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Ti 6.17). Bien ha dicho el poeta al expresar una verdad bíblica, que para el cristiano: «Por la gracia del Señor, lo que veo en derredor, tiene hermosuras mil, que sin Cristo nunca vi».

Estoy convencido que el cristiano verdadero tiene el potencial para gozar de las buenas cosas que Dios ha creado para el hombre, más plenamente que el no cristiano. El sexo es una de las buenas cosas que Dios ha creado para el hombre (Gn 1.27-31; He 13.4). Creo firmemente que la libertad de la culpa y del poder del pecado que produce la redención puede resolver muchos problemas sexuales que enfrentan las parejas en el matrimonio. Ocurre a menudo que cuando la pareja corrige su relación con Dios, sus relaciones uno con el otro también se corrigen.

Porque aparentan ser sexuales y no lo son

Muchas veces, los problemas sexuales en el matrimonio en realidad no son sexuales.

Esto puede parecer una contradicción pero no lo es. Lo que quiero decir es que una relación sexual deficiente a menudo es como la luz roja en el tablero de un automóvil.

La luz roja es una indicación de que el automóvil tiene uno o varios problemas. Tratar de arreglar la luz roja (moviéndola o golpeándola) o aun reemplazándola no solucionará el verdadero problema del automóvil. Hay que buscar lo que está detrás de eso. La luz roja indica que el automóvil necesita aceite o agua, o que hay que soltar el freno. Solucione estos problemas y automáticamente se apagará la luz roja. Si ignora estos problemas, la luz roja continuará encendida hasta que el automóvil quede arruinado.

Después de años de estudio y experiencia en consejería matrimonial, James Petersen afirma: «Conflictos sobre dinero o religión, negligencia o descortesía, peleas o palabras amargas con el tiempo tendrán un efecto adverso sobre la armonía sexual. Una de las razones por las que parece difícil lograr la armonía es que los fracasos en una o varias de las áreas principales de la vida conyugal se reflejan en las relaciones íntimas. Por lo general la pareja que ha logrado un esquema de cooperación satisfactorio para enfrentar todos sus otros problemas no tendrá mayores dificultades en unirse sexualmente» (citado por Dwight Harvey Small en *After You've Said I Do* [Después del Sí quiero], p. 228).

El Dr. Jay Adams compara los problemas no resueltos de la pareja con valijas. Por ejemplo, considere el caso de un esposo que no ama a su mujer en la forma bíblica. Es inconsciente, desconsiderado, severo, ingrato, irritable, implacable, y contencioso. La domina como si fuese una esclava, o la ignora como si no existiese, o la trata como si fuera un objeto y no una persona. ¿Cuál es el resultado? Pues las actitudes y acciones del marido comienzan a pesar sobre su mujer. Medita sobre ellas. Se siente herida, despreciada, rechazada, descuidada, no amada. Esta realidad llega a ser como maletas pesadas que la esposa debe cargar todo el

tiempo. Están con ella cuando cocina o limpia pero especialmente cuando se acuesta con su esposo. Son las maletas de la desconsideración, la severidad, la ingratitud, de un espíritu implacable, del pecado no confesado del marido contra su esposa.

También están las maletas de la autocompasión, la amargura y el resentimiento de ella que se yerguen entre los dos. Entonces él se acerca a ella y desea tener relaciones sexuales. Participan del acto sexual pero ambos saben que faltó algo. El acto matrimonial ha sido hueco, vacío, sin sentido ni satisfacción. ¿Por qué? Han tratado de tener relaciones íntimas en una cama donde hay una pila de maletas entre los dos.

¿Cómo se resuelve el problema sexual en este caso? Quitando las maletas. El verdadero problema en una situación como esta no es el sexual, sino la cantidad de otros problemas que hay entre el marido y su esposa. Al resolver estos problemas es muy posible que los sexuales se corrijan automáticamente. Si se ignoran, los sexuales seguramente empeorarán.

Colosenses 3.14 nos dice que el vínculo perfecto es el amor. Cuando se aplica este versículo a las relaciones sexuales en el matrimonio es sumamente elocuente. Si el amor es el vínculo perfecto, los problemas sexuales pueden ser la luz roja en el tablero del matrimonio que indica una falta de amor bíblico en ese matrimonio.

Generalmente, cuando una pareja expresa y experimenta el amor de 1 Corintios 13, los problemas sexuales son mínimos. Una nueva aplicación de ese amor que es paciente, amable, humilde, compasivo, tierno, perdonador, generoso, cortés, considerado, sensible, verdadero, apreciativo y protector logrará mejorar las relaciones sexuales más que la lectura de todos los libros recientes sobre métodos y técnicas. Esto logrará que el marido y la esposa con amor y alegría cumplan sus roles bíblicos el uno hacia el otro; y que aprendan a comunicarse profundamente según los principios bíblicos. De esta forma, la mayoría de sus problemas sexuales se disiparán.

Por ignorancia

Algunos problemas sexuales se deben a la ignorancia o mala información.

Lamentablemente algunas personas casadas ignoran la anatomía física de su cónyuge.

Un cristiano sabía que su esposa no tenía placer personal de sus relaciones íntimas. Obedientemente ella se sometía a su esposo pero él comenzó a sentirse culpable de «obligarla» a participar de una actividad que era mayormente para la satisfacción de él. Ella le aseguró que estaba contenta por complacerle. Él seguía preocupado porque realmente deseaba complacer a su mujer. Comenzó a sentirse culpable de egoísmo y puso en oración sus relaciones sexuales.

En el contexto más amplio del matrimonio, mostraba consideración hacia su esposa, y realmente la alentaba y apreciaba. Sin embargo, después de quince años de matrimonio su esposa jamás había experimentado un orgasmo. Finalmente buscó ayuda y cuando lo hizo descubrió que su incapacidad de agrandar realmente a su esposa, se debía a su ignorancia del aparato sexual de ella. Como resultado de alguna nueva información este hombre y su esposa, ambos con educación superior y muy inteligentes comenzaron a experimentar una unidad sexual antes ignorada.

La ignorancia de la anatomía física de la pareja es a veces un problema, pero la ignorancia de las diferencias de temperamento también es un problema más frecuente.

Muchas mujeres parecen no comprender el temperamento masculino. No comprenden que la mayoría de los hombres se excitan rápida y fácilmente. Tampoco saben que la mayoría de los hombres se excitan por lo que ven. Sin siquiera tocar el cuerpo de la mujer, el hombre puede excitarse. Ocurre con suma facilidad.

Quizá por esto Jesús advirtió a los hombres sobre el peligro de mirar a las mujeres que no eran sus esposas (Mt 5.28). Quizá sea porque los hombres se excitan fácilmente que el libro de Proverbios contiene advertencia tras advertencia para los hombres sobre el peligro de ser seducidos por mujeres fáciles (Pr 5.1-23; 6.23-35; 7.1-27).

Debido a que se excitan fácilmente los hombres deben tener mucho cuidado con lo que miran y en lo que piensan. Por otro lado, las mujeres deben tener cuidado en la forma en que se visten, hablan y caminan ante los hombres que no son sus esposos. Además de esto, las esposas deben reconocer que los deseos sexuales de sus maridos se estimulan más rápidamente, y al principio por lo menos, son más intensos. Deben comprender que sus maridos pueden desear relaciones sexuales más frecuentemente que ellas y que esto no significa que son «pervertidos sexuales».

Sin duda, es la responsabilidad del marido ejercer auto-control y pensar en la condición de su esposa y los deseos de ella. Pero también es responsabilidad de la esposa tener en cuenta el temperamento de su marido y procurar ser su ayuda con sensibilidad, deseosa de satisfacer los deseos sexuales de él. Al no comprender el temperamento masculino algunas mujeres han abrigado actitudes de desprecio y aun de resentimiento hacia sus esposos. Además, debido a la ignorancia estas mujeres han puesto una carga innecesaria de tentación sobre sus esposos. No obstante, la ignorancia acerca de las diferencias de temperamento de hombres y mujeres no se limita al género femenino.

Es posible que los hombres estén menos informados que sus esposas. Más de un marido ha acusado erróneamente a su esposa de ser sexualmente fría, insensible y aún frígida. Él se considera un gran «amante» y no puede entender por qué su esposa no manifiesta el mismo interés en el sexo que él. Considera que ella es «sexualmente fría» y está seguro que otras mujeres se interesan mucho más en el sexo que su esposa.

En realidad, es probable que ella no difiera de otras mujeres. Por lo general, las mujeres no se excitan tan fácilmente como los hombres. Ver la anatomía masculina no es tan estimulante para la mujer mientras que para el hombre ver el cuerpo de una mujer sí lo es. Palabras tiernas, generosidad, consideración, amor genuino, paciencia, amabilidad, apreciación, compasión, aceptación y ternura son las estimulantes para la mujer y la preparan para disfrutar de las relaciones sexuales.

No es verdad que ella se interese menos en el sexo o que sea incapaz de disfrutarlo. Más bien, ella tiene un temperamento diferente. Responde a otros estímulos y de otra forma. En consecuencia, si el esposo quiere que su mujer disfrute al «hacer el amor» tendrá que resistir la tentación de apurarse.

Debido a su temperamento, el esposo se excita fácilmente pero en la mayoría de los casos no ocurrirá lo mismo con su mujer. Probablemente ella se excita muy lentamente de modo que su esposo debe ejercer paciencia y auto-control. Debe negarse a sí mismo por amor a ella y estar

más interesado en satisfacer las necesidades de ella que las suyas propias. Además, debe tratar a su esposa con amabilidad todo el tiempo y no solo cuando desea «hacer el amor». El marido que se torna solícito y tierno en determinados momentos no tardará en tener una esposa que se sienta usada y abusada, una esposa que duda de la sinceridad del amor de él.

Las Escrituras nos enseñan que «la mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido» (1 Co 7.4). La esposa debe entregarse gustosamente a su esposo y procurar satisfacer las necesidades de él. No debe negarse a su marido a no ser por mutuo consentimiento (1 Co 7.5). Por el otro lado, el esposo debe ser muy sensible al temperamento, las necesidades y los deseos de su esposa. Debe vivir «con ella sabiamente» (1 Pe 3.7). Debe amarla como Cristo amó a la iglesia (Ef 5.25). Debe estimar a su esposa más que a sí mismo y preocuparse por los intereses de ella además de los suyos propios (Fil 2.3-4). Debe darle honor como a vaso más frágil (1 Pe 3.7). Debe tener como norma agradar a su esposa para el bien de ella y no agradarse a sí mismo (Ro 15.1-2).

Cuando el hombre pasa por alto la forma instituida por Dios de tratar a su esposa, por supuesto que desobedece a Dios, pero también manifiesta su ignorancia del temperamento de ella. Los mandamientos de Dios a los maridos están de acuerdo con el temperamento de la mujer. De modo que el que ignora las instrucciones de Dios dificulta que su esposa llegue genuinamente a ser uno con él. Por el contrario, ya que estos mandamientos están de acuerdo con el temperamento de la mujer, el esposo que los obedece proveerá una atmósfera en la que la unidad sexual y toda otra unidad florecerá.

Es necesario mencionar otra clase de ignorancia que a veces causa problemas sexuales y es la ignorancia de lo que la Biblia dice acerca del sexo. Muchos piensan que en realidad la Biblia no dice mucho acerca del sexo y lo que dice es negativo.

En cierta ocasión, estaba en el hogar de un pastor mientras dirigía un seminario sobre el hogar cristiano. Cierta día estábamos sentados a la mesa tomando una taza de café y conversando sobre varios temas relacionados con el matrimonio y la familia. En el curso de nuestra conversación, esta pareja me confió que habían tenido algunos problemas en adaptarse sexualmente el uno al otro. La esposa había sido criada en un hogar donde lo que se decía del sexo siempre era negativo y en su iglesia la enseñanza dada sobre el tema también era siempre así. Como resultado, la sola idea del sexo la atemorizaba. Pensaba que el sexo era algo que las mujeres toleraban para poder procrear, pero que ciertamente no era algo que personas espirituales disfrutaban ni aún del cual dialogaban.

Su hogar y su iglesia habían enfatizado el abuso y el mal uso del sexo, pero no le habían comunicado los aspectos cosas positivas que dice la Biblia al respecto. Por cierto que las razones por las cuales enfatizaban las enseñanzas negativas de la Biblia sobre lo perjudicial de las relaciones matrimoniales, la masturbación, la homosexualidad, y el adulterio eran buenas. Querían proteger a los jóvenes del pecado. Sin embargo, por lo menos en este caso, al no enfatizar las enseñanzas positivas de la Biblia acerca del sexo hicieron que ella solo considerara al sexo como carnal y aun sucio. La ignorancia, entonces, de las enseñanzas positivas de la Biblia, pueden producir problemas sexuales en el matrimonio e impedir una genuina experiencia de unidad.

Existen siete principios bíblicos importantes referentes a las relaciones sexuales que esboza Harry H. McGee, doctor en Medicina en su libro *The Scriptures, Sex and Satisfaction* (Las

Escrituras, el sexo y la satisfacción). Estos siete principios se tomaron de un pasaje clave en 1 Corintios 7.1-6, pero están respaldados también por otros pasajes.

Las relaciones sexuales dentro del matrimonio son santas y buenas (He 13.4): Dios alienta las relaciones sexuales y advierte contra las tentaciones que pueden surgir de la privación o cesación.

El placer en las relaciones sexuales (así como el placer de comer y de otras funciones del cuerpo) no está prohibido: más bien este placer se da por sentado cuando Pablo escribe que los cuerpos de ambos pertenecen el uno al otro (cp. también Pr 5.18, 19 y Cantar de los Cantares).

El placer sexual debe regularse por el principio clave de que la sexualidad no existe para el placer de uno mismo sino del de su compañero (los derechos del cuerpo se entregan al cónyuge en el matrimonio): Toda manifestación sexual orientada hacia uno mismo es pecaminosa y lasciva en lugar de ser santa y amorosa. La homosexualidad y la masturbación, por lo tanto, están condenadas junto con otras actividades orientadas hacia uno mismo dentro del matrimonio. En el sexo como en todo otro aspecto de la vida, «más bienaventurada cosa es dar que recibir». El placer más grande se logra al satisfacer al cónyuge.

Las relaciones sexuales serán regulares y continuas: No se indica el número de veces por semana, pero está el principio de que ambos deben proveer satisfacción adecuada para evitar el «quemarse» (deseo sexual no satisfecho) y la tentación de encontrar satisfacción en otra parte.

El principio de la satisfacción mutua significa que cada uno debe proveer la satisfacción sexual que le corresponde al esposo o esposa cuando sea necesario: Por supuesto que otros principios bíblicos (por ejemplo, el principio de la moderación), y el principio de que uno nunca trata de satisfacerse a sí mismo sino a su compañero en el matrimonio, siempre regula la frecuencia de tal modo que ninguno le exija al otro en forma irracional. El deseo de satisfacción sexual nunca debe ser gobernado por la lascivia idólatra, pero tampoco puede utilizarse tal regulación como excusa por ser insensible a las necesidades genuinas de la pareja que deben ser satisfechas.

No debe haber regateos («No tendré relaciones contigo a menos que tú...»): Ninguno tiene derecho de hacer tales regateos.

Las relaciones sexuales son iguales y recíprocas: Pablo no le otorga mayores derechos al hombre que a la mujer. La iniciación mutua al coito, la estimulación, el juego de amor previo, y la participación en el acto sexual no solo es permitido sino prescritos. Los derechos del matrimonio involucran una responsabilidad mutua. (Citado del apéndice de *The Scriptures, Sex and Satisfaction*, por Harry M. McGee, Doctor en Medicina. El apéndice fue escrito por Jay E. Adams).

Estos son, entonces, algunos principios bíblicos referentes a las relaciones sexuales. Sugiero que el conocerlos y practicarlos, como también otros principios bíblicos que se encuentran en este artículo, le ayudarán a desarrollar y mantener una verdadera unidad en su relación matrimonial.

Preguntas para estudiar y promover el diálogo. Estas preguntas ayudan a la pareja a reflexionar acerca de cómo desarrollar la unidad sexual en el matrimonio. Debe completarlas con su pareja.

El sexo en el matrimonio

Lean 1 Corintios 7.2–5, 9 y hagan una lista de todo lo que se refiere al sexo en este pasaje. Busquen las respuestas a preguntas tales como: ¿Con quién es correcto tener relaciones sexuales? ¿Cuáles son los derechos matrimoniales de cada uno? ¿Cuáles son algunos de los propósitos del matrimonio y de las relaciones sexuales? ¿Cuál debe ser la actitud de ambos hacia las relaciones sexuales? ¿Es correcto que los cristianos se masturben? ¿Cuál es la respuesta de Dios hacia el deseo sexual? ¿Debieran los cónyuges hablar acerca de sus relaciones sexuales y deseos? ¿Por cuánto tiempo debe una pareja abstenerse de relaciones sexuales?

¿Qué nos dice Proverbios 5.15–21 acerca del matrimonio y las relaciones sexuales?

Resuman en pocas palabras el principio que se podría deducir de Hechos 20.35 en cuanto al acto sexual.

Comparen 1 Corintios 7.2–5, Proverbios 5.15–19 y Génesis 1.27–28 y anoten los propósitos del sexo en el matrimonio.

Hagan una paráfrasis de Hebreos 13.4.

¿Qué verdades acerca de la relación conyugal se enseñan en Malaquías 2.13–16?

Estudien Filipenses 2. 3–4 y señalen específicamente cómo puede aplicarse este pasaje a las relaciones sexuales.

¿Qué nos enseña Cantar de los Cantares 1.2, 13–16; 7.1–10 acerca de la relación conyugal?

El cónyuge y su cuerpo

¿Qué actitudes hacia el cónyuge y su cuerpo se sugieren en Cantar de los Cantares 4.1 y 5.10–16? ¿Se deberían avergonzar los cónyuges de encontrar deleite el uno en el otro? ¿Es correcto entusiasmarse acerca de las relaciones sexuales con su cónyuge, ansiarlas y disfrutarlas?

Masturbación

Lean 1 Corintios 6.12; Mateo 5.27, 28; 1 Corintios 7.9 y 7.3–4 y anoten cuatro razones por qué no es bueno masturbarse.

Métodos anticonceptivos

¿Qué implicaciones en cuanto al control de la natalidad tiene el hecho de que en 1 Corintios 7.2–5 y Proverbios 5.15–19 se señala que la procreación no es el único propósito del acto sexual?

¿Qué importancia tienen 1 Timoteo 5.8; Filipenses 2.4; Efesios 5.25, 28–29; 1 Corintios 7.3–5; Éxodo 20.13; Génesis 1.27–28; Proverbios 5.18–20 y Santiago 2.17, 20 con relación al control de la natalidad?

Anoten cuatro diferentes métodos de control de la natalidad.

Adulterio

De acuerdo con Mateo 5.27–30 y Hebreos 13.4, ¿cuán grave es el pecado de relaciones sexuales fuera del matrimonio?

El placer del sexo

Intercambien opiniones sobre las siguientes preguntas:

¿Qué le agrada acerca de sus relaciones sexuales en el presente?

¿Hay algo en sus relaciones sexuales que no disfruta? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con qué frecuencia? etc.

¿Cuáles son los impedimentos más grandes para tener buena relación sexual?

¿Qué es lo correcto y lo incorrecto en las relaciones sexuales? ¿Qué prohíbe la Biblia?

¿Necesita cambiar algo en su vida sexual? Si es así, ¿cómo lo logrará?

¿Qué diferencias hay entre usted y su pareja en cuanto a sus actitudes, sentimientos, necesidades y deseos sexuales?

¿Tienen algunos temores en cuanto al sexo? De ser así, ¿cuáles son?

¿Hay una buena comunicación con su cónyuge acerca de sus relaciones sexuales?

¿El tener un gran deseo sexual indica falta de espiritualidad?

¿Con cuánta frecuencia deben tener relaciones sexuales?

¿Las relaciones sexuales deben ser para la satisfacción mutua? ¿Qué deben hacer si no es así?

¿Cómo buscarán ayuda si tienen problemas en adaptarse sexualmente?

¿Qué puede hacer para satisfacer las necesidades sexuales de su cónyuge más plenamente?

Artículo tomado de:

<http://www.desarrollocristiano.com/articulo.php?id=1521>

